

LA NARRATIVA DE DELIBES COMO EXPLORACIÓN DE UN TIPO ÉTICO INVIABLE

Enrique Ferrari Nieto

(Université de Fribourg | Universität Freiburg, Friburgo, Suiza)

eferrari79@gmail.com

RESUMEN:

La narrativa de Miguel Delibes indaga en la imposibilidad de desarrollar el sujeto moral un proyecto vital en un entorno hostil. En *El hereje*, con la muerte de Cipriano Salcedo, Delibes apuesta por una conclusión rotunda: la hoguera como resultado del desequilibrio de fuerzas entre el individuo y su entorno. Para explicar esa marginación del protagonista, la crítica tradicionalmente ha apuntado a su actitud en relación con su entorno. Pero en su denuncia social Delibes busca la causa de esa exclusión ante todo en los rasgos de ese entorno: incapacitante, por insolidario y frívolo.

Palabras clave: *Aún es de día*, *El hereje*, ética, programa vital, sociedad.

ABSTRACT:

Miguel Delibes explores the inability of the subject to develop a vital project in a hostile environment. In *The Heretic*, with the death of Cipriano Salcedo, Delibes writes a categorical conclusion: the fire as a symbol of the imbalance of power between the individual and its environment. To explain its marginalization, critics have pointed to the attitude of the protagonist with its environment. But -in his social denunciation- Delibes looked for the cause of this exclusion on the characteristics of that environment: disabling, for unsolidary and frivolous.

Keywords: *Aún es de día*, *The Heretic*, Ethics, Vital Program, Society.

Con *El hereje*, que publica en 1998, Delibes anuncia el final de su narrativa, que justifica con su edad, casi 80 años, y la detección de un cáncer, del que se cura, pero que le deja secuelas, para él demasiado gravosas. Lo hace para evitarse preguntas sobre futuros libros, para acabar con cualquier expectativa. Pero queda el aviso como clave extratextual para leer esta última novela como el balance del conjunto de su narrativa. Para remarcar algunos de los trazos de su pensamiento poético, de su comprensión de la vida y del hombre, que plantea en cada novela con un protagonista que se desenvuelve en un entorno hostil, en una comunidad que funciona a menudo como un antagonista imposible de vencer. Como si modelara con los distintos personajes un tipo ético, en cada historia buscándole un perfil distinto, pero siempre

con un mismo tono negativo, pesimista, porque su lucha por su integridad o su libertad desemboca invariablemente en la constatación de la imposibilidad de llegar a realizarse, de doblegar sus circunstancias, superar el último obstáculo (de muchos). También con Cipriano Salcedo, que parece funcionar en ese cierre premeditado del autor como compilación y síntesis de los rasgos de los anteriores:¹ Una primera premisa para una comprensión global de la narrativa de Delibes que, en mi reconstrucción como propuesta ética, necesita dos premisas más. La primera es que también en Pedro (y Sebastián Ferrón) están los demás protagonistas de Delibes: al menos prefigurados, intuitos, contruidos con las mismas preocupaciones. La segunda es que también la muerte de Cipriano Salcedo da respuesta al final de los demás protagonistas.

La estructura de *El hereje*, que plantea la biografía completa de Cipriano como consecución de unos hechos que se suceden linealmente, con un final que concluye un argumento causal, no parece demasiado audaz. Pero su comienzo con una prolepsis, de regreso el protagonista de Alemania siete meses antes del auto de fe, con la presentación del proyecto vital que quiere para sí cumplido (o cumpliéndose), permite remarcar la significación de los distintos hechos biográficos, con dos perspectivas complementarias: con lo acumulado anteriormente, pero también con los acontecimientos futuros adelantados al lector con ese primer capítulo que funciona de recopilación de sus vivencias y de análisis de su personalidad, para cargar de significado su trayectoria vital, para remarcar las características de ese tipo ético que quiere Delibes. Con mi lectura: Para cerrar el programa ético que soporta su narrativa, prefigurado ya en *La sombra del ciprés es alargada* (1947) y *Aún es de día* (1949). Repetidos muchos de los rasgos biográficos de los personajes, como su orfandad, o el desapego de alguno de sus padres, su interés por la religión, sus debilidades o inseguridades, su desconfianza hacia sí mismos, o su sentimiento de soledad.

La crítica ha destacado la insolidaridad o el desamor como fondo de las novelas de Delibes. Pero esta es solo una de las causas del tema último que, más radical que esa falta de afecto, se adentra en terreno metafísico: La imposibilidad de desarrollar el sujeto un proyecto vital (un programa, unos objetivos para su vida) cuando el entorno

1

Escribe M. I. Vázquez Fernández en *Miguel Delibes, el camino de sus héroes* (2007, 355): "Cipriano Salcedo registra ecos de personajes anteriores, y su historia integra y sintetiza la práctica totalidad del abanico temático del autor, matizando y ampliando motivos ya empleados. [...] La novela da testimonio de las consecuencias que acarrea la frustración afectiva para un hombre sensible, a la vez que denuncia el abuso de poder de ciertas instituciones. El protagonista personifica la fidelidad al camino vital elegido que hace reconocibles a todas las creaturas de Delibes."

le es hostil: el reverso -como escribí en otro sitio- de la metafísica existencial de Ortega y Gasset, una réplica a su análisis de la lucha del sujeto con su entorno, al mostrar una circunstancia más fuerte que el individuo, con poder para incapacitarlo. Con las tramas de sus novelas como los distintos frentes del planteamiento de una ética que cuestiona las posibilidades del sujeto para realizarse ante tantos obstáculos, ante un desequilibrio de fuerzas que ya está en sus primeras novelas, aunque detrás de un planteamiento un tanto artrítico, endurecido por una tesis previa, de la que tira mucho lo religioso. Ortega plantea como puntal de su metafísica la perfección del ser. No escribe propiamente una ética, con el cumplimiento de unas normas, pero apunta a la fidelidad a la propia existencia como imperativo categórico de su razón vital. Sin una identidad constitutiva dada previamente, dice, cada uno debe inventarse un personaje, una figura de vida, para construir su propia biografía. Lo que llama vocación: un programa íntegro e individual de existencia, que cada individuo debe cumplir en unas circunstancias que él no elige: el sentido último de su "yo soy yo y mi circunstancia" que enuncia prematuramente en 1914. Pero esa circunstancia no es nunca en su filosofía un agente incapacitante, un adversario imposible de vencer. Ortega, que escribe poco y disperso del tema, no contempla como posibilidad esa derrota (solo la renuncia a buscarse uno un proyecto original, y no copiárselo a otro). La suya, incluso después de 1936 o 1937, es una actitud optimista, confiada en las fuerzas del individuo para completar un programa vital. Como si fuera solo cuestión de tenacidad, de empeño, de esforzarse frenéticamente en vivir (Ortega, 2003: VIII, 248). Delibes en cambio decide cubrir ese espacio que deja sin desarrollar la razón vital, previo a cómo gestionar esa libertad que es impuesta: Qué margen de maniobra le queda al hombre cuando las circunstancias son adversas para ser autor o coautor de su proyecto vital. Una reflexión sobre la imposibilidad de decidir uno mismo con su propia vida, sobre lo estéril que es tomar decisiones cuando el entorno lucha en contra. Lo que escribe en *Aún es de día* de su protagonista: "Se sintió náufrago y abandonado en medio de aquel océano de humanidad que le envolvía. Era aquel un mar espeso e inextricable, colmado de reconditeces, escollos y arrecifes; un mar difícil, donde suponía un esfuerzo de titanes sostenerse a flote" (Delibes, 1994: 199).

Se ha buscado la clave para leerlo en las características de la relación que establece entre el protagonista y su entorno (con una cierta corresponsabilidad del protagonista en su marginación). Pero cabe también buscarla -previa a esa relación de exclusión- en los rasgos propios de ese entorno: en sus cualidades mismas, intrínsecas, de su naturaleza: O como dos características complementarias de la sociedad que plantea Delibes (insolidaria y frívola), o como consecuencia una de la

otra: insolidaria la sociedad con el sujeto que no quiere para sí ese comportamiento frívolo, cambiante. Dado la vuelta el planteamiento de Ramón Buckley, que achaca a los personajes de las primeras novelas de Delibes (que llama negativas) su voluntad de querer mantener su individualidad frente a la sociedad, su incapacidad para adaptarse (Buckley, 1968: 90-91). Leída esa individualidad como integridad, como la voluntad de proteger los valores propios de los embates de una comunidad que le exige pleitesía. Como otro acceso a ese vórtice metafísico de su temática, otro enfoque que la insolidaridad como causa de ese impedimento para la realización personal: El pensamiento estético de Delibes como el modelado de un tipo ético, con la integridad de sus protagonistas, que contrapone a la frivolidad de su entorno: al principio solo o principalmente en un plano ontológico, con su obsesión por la muerte como un absoluto que no deja resquicios para otras preocupaciones (la obsesión por la muerte del protagonista frente a la aparente despreocupación del resto de personajes); pero luego enfocado también en un plano ético más abarcador, más rico, que entiende esa integridad como rectitud en el código ético asumido.

Todavía incómodo con su papel de escritor, incapaz de sacarle al relato todo su potencial, exagera en sus dos primeras novelas el contraste entre la preocupación del protagonista por la muerte y la inconsciencia del resto, que no piensa en ello: la frivolidad en terreno ontológico por no reconocer la muerte como un absoluto. Dice Pedro de los demás asistentes al entierro de Alfredo en *La sombra del ciprés*: "Peor para ellos que no pensaban en que algún día habrían de realizar este viaje sin vuelta" (Delibes, 2001: 120). O un poco después: "El mundo era distinto a mí, no pensaba ni sentía como yo. [...] La muerte no suponía para el mundo nada sustancial; era un simple accidente" (Delibes, 2001: 129). Delibes, para su primera crítica a la frivolidad, no encuentra más espacio que lo escatológico, o más dirección que desde lo escatológico, para advertir de la deriva que la modernidad ha traído a la sociedad, cómo el progreso material parece querer ir más rápido que la evolución espiritual del hombre. La conciencia de la muerte para evitar la inautenticidad. La posición de Mateo Lesmes, que resume Pedro, su alumno: "Él entendía que el hombre de cinco o diez siglos antes vivía más en la realidad que el actual. Se afanaba en levantar murallas, conventos o catedrales, porque tenía un concepto más serio de la vida: conservar la existencia, para llegar a Dios. Nuestro maestro condenaba la frivolidad del hombre moderno, el cual se dice hijo de Dios pero cifra toda su ilusión en disfrutar la existencia terrena. En consecuencia, el hombre actual se limitaba a conservar los monumentos del antiguo y únicamente levantaba teatros, cafés y otros lugares de esparcimiento con una raíz exclusivamente material" (Delibes, 2001: 53). Una

impresión que, un poco más adelante, en una conversación con amigos, confirma el propio Lesmes: "Aquí se percibe mejor que en ninguna otra parte el rapto de nuestros valores espirituales por la civilización. Tal vez porque hasta las piedras encierran estos valores. Yo, por muchas vueltas que le dé, siempre acabo imaginándome la civilización como una máquina que, como cualquier parásito, va chupando a nuestros espíritus las mejores sustancias para convertirlas en automóviles, aerostatos, cinematógrafos y otros extraños aparatos que constituyen la monumentalidad del más puro materialismo. En resumidas cuentas, en virtud de la civilización, el espíritu deviene materia prima para ser transformado en productos de una utilidad exclusivamente corporal" (Delibes, 2001: 75). Reforzado su argumento con el escenario simbólico que construye con Ávila, con las piedras de su muralla y su catedral, y con Pedro, con su nombre, que remite a la piedra: lo eterno enfrentado con lo efímero. Antitética su comprensión de la vida como solo valle de lágrimas y el reconocimiento o la exaltación de los beneficios del progreso para la civilización. Aislado el personaje principal de los demás: una marginación que en *La sombra del ciprés es alargada* busca Pedro, por su fijación por la muerte, por no querer establecer ningún tipo de vínculo que vaya a romper luego la muerte;² pero que en *Aún es de día* es previa, la causa (no la consecuencia) de esa fijación, al reconocer (o justificar) Sebastián su condición de excluido por otras coordenadas que las sociales (su cuerpo deforme, su pobreza...): por su conciencia del riesgo de morir en pecado, y con ello de condenar el alma para la eternidad.

Con *La sombra del ciprés* Delibes plantea una novela de tesis y una novela de formación, imbricada una sobre la otra, encarnado en Pedro el principio de desasimiento que de niño le inculca su maestro. La clave de la felicidad, le enseña, está en no crear vínculos, en distanciarse de la vida, para no verse afectado por el peso de la muerte. Una premisa que hace suya, a la que se aferra, alejado del mundo como marino mercante, resueltamente solo, hasta que conoce a Jane, una norteamericana, que le lleva a cuestionarse las renunciaciones que impone esa obsesión por la muerte.³ Decidido a cambiar de actitud, alentado por su compañero Barea, se casa con ella, que pronto queda embarazada. La trama parece apuntar a una rectificación, que afianza el propio Lesmes, que le reconoce a Pedro, cuando este lleva

2 Escribe Pedro: "Morir no es malo para el que muere; es tremendo para el que queda navegando por la estela que el otro trazó, desbrozando, soportando una vida larga, fofa, despojada del menor aliciente..." (Delibes, 2001: 122).

3 Escribe Pedro: "Entonces fue cuando me alarmó mi insólita contextura espiritual. Comprendí que me había formado erradamente; que no había razón de vida fuera de la vida misma; que me hallaba en franca y abierta oposición con el mundo; un mundo denso, olvidadizo, que se reía de mis ridículos temores" (Delibes, 2001: 158).

de vuelta a su hija a casa, que esa idea suya de que era posible desvincularse de todo para no sufrir era falsa (Delibes, 1994: 219). Pero ese cambio de dirección es solo la materia para el escarmiento que va a reforzar en Pedro su voluntad de permanecer solo. Con la novela muy avanzada Jane muere en un accidente, en el puerto de Providence: cae su coche al mar. Pedro ve desde su barco cómo se hunde y cómo luego sacan el cadáver. Suficiente para volver al principio, a la convicción de su maestro sobre las bondades del desasimiento, reforzadas su fe y su esperanza en la vida tras la muerte. *Aún es de día*, con otro argumento, es el relato del ascenso y el descenso de Sebastián Ferrón, la constatación de la imposibilidad de transformar su entorno miserable a pesar de sus esfuerzos. Sebastián no entiende como alternativa a su vida una existencia apática, pusilánime, que lo distancie de todo, como hace Pedro. Intenta conformar su vida con las pautas que reconoce su comunidad, intenta sacar de la pobreza a su familia, pero no tarda en convencerse de que es incapaz de vencer tantos obstáculos, de que es mejor centrar sus esfuerzos en lo espiritual, en alimentar su alma para prepararse para la muerte. Sebastián, que al comienzo de la narración consigue un nuevo trabajo (un buen trabajo) y empieza una relación con Aurora, la hija del adinerado Sr. Ferrón, antiguo jefe suyo, descubre al final del relato que con el noviazgo (y la inminente boda) intentan engañarlo para disimular el embarazo de Aurora con un joven del barrio y es despedido del trabajo. Queda condenado a repetir la vida de su padre, o al menos a que desde fuera se perciba su vida como un calco de la de su padre (un fracasado, un infeliz, sobre todo en su matrimonio). Vuelve, como Pedro, al punto de partida, sin haber podido cambiar nada. Volcado en su alma como única alternativa viable para realizarse: "El instante de la muerte era el único trascendente en la vida de los hombres, y, en consecuencia, acrecieron sus anhelos de perfeccionamiento y superación. Todo lo enfocaba por el lado espiritual, y pronto se dio cuenta de que un alma bien templada irradia un halo de sosiego y bienestar que trasciende a cuanto constituye su reducido mundo circundante", escribe el narrador de un personaje con nombre de santo martirizado (Delibes, 1994: 251). Un primer intento de Delibes de dar forma al enfrentamiento del sujeto con su entorno. Aunque le quedan ambas novelas un tanto rudas, escoradas con esa impronta religiosa tan absorbente. Él se justifica, o se disculpa: fueron solo un entrenamiento, ejercicios que no debería haber publicado. Pero le funcionaron al menos de terapia, o de exorcismo: para saciarse y poder apartar de su literatura esa obsesión por la muerte, hasta entonces de la mano.

Con *El camino* apuesta por abrir su registro. Sin el peso -demoledor para la trama- de la comprensión cristiana de la muerte, puede explorar con sus personajes

otros ámbitos de la existencia, y otros comportamientos. Aunque no hay un corte tan profundo como el que quiso ver Delibes y, con él, la crítica. No al menos en la temática, que mantiene ese mismo sustrato que le proporcionan sus desazones, aunque con un campo de experimentación ampliado, una vez agotadas las posibilidades estéticas de esa primera obsesión. Hay al menos una misma comprensión (intuitiva) de la vida como actividad, como trayectoria (en parte por la misma estructura del género novela, que muestra un isomorfismo entre la trama del relato y la vida); y, soportada en esta, la defensa de la integridad del individuo, entendida como la elección de un recorrido propio para su existencia. Con personajes que se niegan a aceptar las inercias que les impone su entorno: que intentan fijar un rumbo para su vida sin tantos bandazos externos. Otro modo de compromiso social, aunque centrado en el individuo, con sus derechos individuales, más que en la sociedad en conjunto. Sin el análisis deudor de la lucha de clases de la novela social, de la que ha quedado fuera Delibes, o la mayor parte de los libros de Delibes, aunque con su fórmula -con sus palabras: un hombre, un paisaje, una pasión- consigue un análisis crítico de la sociedad contemporánea certero y demoledor: no solo con *Las ratas*, de 1962, y *Cinco horas con Mario*, de 1966. Crítico con su insolidaridad. Pero también con su frivolidad, reconducido su análisis después de esos primeros libros; cerca del Bauman de la sociedad líquida, que denuncia -en uno de sus libros, que subtitula "En busca de seguridad en un mundo hostil"- la desaparición de los puntos de referencia y, con ellos, las responsabilidades éticas, los compromisos a largo plazo (Bauman, 2003: 58-86).

Con su tercera novela, la lectura que hace de la modernidad se abre a otros ámbitos, con su comprensión de la integridad del individuo como fidelidad al programa vital elegido, no como actitud ante la muerte. Con un planteamiento ético más general, de más aristas. Con personajes que repiten unos pocos rasgos esenciales, como si Delibes buscara con cada uno ir rematando ese tipo ético que vertebra su narrativa, ir descubriéndole más facetas, enfrentándolo a nuevas situaciones. Casi siempre débiles, oprimidos, pobres: los perdedores, los seres humillados y ofendidos, los marginados, como ha señalado él mismo (Delibes, 2004: 166). Pero coherentes, fieles a sí mismos. Auténticos, como señaló Sobejano en su introducción a *Cinco horas con Mario* (Sobejano, 1981: 10). Con distintas pasiones (otro elemento de su ecuación) que funcionan de acicate, para desencadenar la acción en la trama, al interactuar con ese entorno difícil, nada hospitalario: Esa última variable de la fórmula de Delibes, que él llama el paisaje: El mundo rural de Castilla (también sus capitales de provincia), con el que identifica a sus personajes (Vázquez, 2007: 229). Por su

pobreza, por su marginación, pero también por su integridad, porque en su aislamiento se han mantenido firmes, no han aprendido a fingir (Del Valle Spinka, 1975: 74). Fundidos la tierra y los hombres, como escribió Manuel Alvar (1987, 21). Menos con *El hereje*, que ubica en el Valladolid del siglo XVI, para construir, por primera vez, al tiempo que piensa en el final de su carrera literaria, una novela histórica. O porque Delibes quiso demostrarse a sí mismo que era capaz de escribir una novela histórica con los elementos de su narrativa: un último reto antes de echar el cierre. O -una hipótesis más interesante- porque quería otra perspectiva para acabar de apuntalar su pensamiento ético-estético: Para darle al tipo ético que ha ido construyendo con sus personajes otro entorno, para incidir en sus opciones, para remarcar su tesis, con la historia del grupo luterano de Agustín de Cazalla en Valladolid, que lo coloca, con la Inquisición, ante la institucionalización de esa hostilidad al individuo que recoge en sus novelas. Como una antiutopía moderna, achicados los espacios de libertad en una atmósfera asfixiante. Hiperdesarrollados la crueldad, la indiferencia y el egoísmo que aparecían en sus otros libros (Rodríguez, 1989: 11). Más fuertes que el sentimiento de fraternidad que creía haber encontrado Cipriano Salcedo en sus compañeros de conventículos. Replanteada esa inquietud a la que dio forma inicialmente con *Aún es de día*, con esa falsa impresión en un momento dado del protagonista de sentirse querido, arropado, y la certeza final de que ese amor es imposible, pero con otro argumento, remarcando los puntos clave de su propuesta ética. Con un desenlace que quiere contundente: Porque en sus primeras novelas el final es ambiguo o difuso. Acaba la trama cuando el narrador decide poner fin a lo contado del relato, sin llegar a cerrarse la historia. El tiempo del relato no es el de la vida entera, aunque se centre en un personaje. *El hereje*, en cambio, narra desde el principio hasta el final la vida del protagonista. Con la muerte de Salcedo como conclusión rotunda, con una carga significativa máxima: la hoguera como el gran símbolo para la opresión social sobre el individuo, para la imposibilidad de vencer los obstáculos que le pone. Como si quisiera explicar así también sus primeras novelas, que no le habían quedado suficientemente esclarecedoras. Subrayar la insolidaridad o el desamor pero también la frivolidad. Cuando siente Cipriano la excitación de la ciudad por el espectáculo de las hogueras en la Plaza Mayor, el deseo de la gente de verlos quemarse vivos, sus quejas cuando matan a los arrepentidos con el garrote, por echar a la hoguera solo el cadáver, o las risas cuando uno de los condenados trepa al palo al quemarse antes las cuerdas que él y el júbilo cuando cae a las llamas: "El gentío, defraudado al ver quemar un cuerpo sin vida, trataba ahora de desplazarse a la izquierda, frente a los cuatro reos que esperaban aún la ejecución,

pero los ya instalados, al darse cuenta de sus pretensiones, forcejeaban con ellos y armaban pequeñas algaradas. [...] La multitud apostada ante los palos rugía de entusiasmo. Los niños y algunas mujeres lloraban, pero muchos hombres, encendidos por el alcohol, reían de las batudas y torsiones de Juan Sánchez, le llamaban leproso y malnacido y remedaban ante los espectadores sus gestos y piruetas” (Delibes, 1998: 492-493). O los gritos y los insultos a él mismo, que muere quemado vivo, porque rechaza ese último gesto frívolo que le exige el padre Tablares para acortar su sufrimiento: someterse, cambiar solo unas palabras de su declaración, añadir que la Iglesia en que cree es la romana, como han hecho (casi todos) los demás miembros de la secta, doblegados por el miedo. “Hermano, decid Romana, solamente eso, os lo pido por la bendita Pasión de Nuestro Señor” (Delibes, 1998: 494).

Delibes quiere una relación causal clara para el final: Cipriano Salcedo muere quemado en la hoguera como consecuencia de no renunciar al sentido que había conseguido imprimir a su vida al integrarse en el grupo luterano, la culminación de esa búsqueda de sí mismo, hasta entonces infructuosa. Una historia que comienza con su difícil concepción y con un parte extenuante, con el que muere su madre. Su padre se desentiende de él: lo hace responsable, como si fuera el parricida, y lo saca de su vida: primero mandándolo a vivir con el servicio, con Minervina, su nodriza, en el piso de arriba de la casa, y luego internándolo en un hospicio para niños abandonados. Con la mayoría de edad de Salcedo (una vez que ha muerto su padre, víctima de la peste, y él ha salido del internado) se doctora en leyes y se hace cargo del almacén de la Judería. Se marca tres objetivos: encontrar a Minervina, alcanzar un prestigio social y elevar su posición económica. El primero no lo logra. Los otros dos los alcanza pronto con su zamarro, una prenda de abrigo que vende en toda Europa. Pero en seguida pierde interés por ellos, por no haberlo liberado de sus complejos. Se siente perdido. Otra vez en el punto de partida para buscarle un rumbo a su vida, que intuye o empieza a intuir cuando conoce a Pedro Cazalla, el párroco de Pedrosa, quien lo reconforta y, poco a poco, venciendo su desconfianza, introduce en la secta protestante de su hermano, el doctor Cazalla, que en poco tiempo lo toma como su discípulo predilecto. En la cubierta del Hamburg, en esa prolepsis con la que empieza la novela, recuerda cómo se incorporó al grupo: Con la confesión a Pedro Cazalla del fracaso de su matrimonio con Teodomira. Es un pecado grave, le contesta, pero le pide que confíe en los méritos de Cristo: “Una nueva luz apareció en su angosto horizonte. Así que no todo estaba perdido, la Pasión de Cristo valía más que sus propias obras, que sus sentimientos mezquinos”, escribe el narrador (Delibes, 1998: 38). Para Cipriano una oportunidad inesperada, en la que en seguida se vuelca: “La

secta venía a ofrecerle una fraternidad que no había conocido hasta entonces. Se entregó a ella con fruición, con entusiasmo” (Delibes, 1998: 38-39). Pero solo siete meses después de su regreso de Alemania comienzan las detenciones: se desmorona el grupo, y con él la ilusión de amor fraternal que se había construido Cipriano, que en prisión se entera de que sus compañeros han confesado y se han delatado entre ellos: “El desánimo le invadía. Cipriano Salcedo había imaginado todo menos la delación dentro del grupo. La fraternidad en que había soñado se resquebrajaba, resultaba una pura entelequia, nunca había existido, ni era posible que existiera” (Delibes, 1998: 429). De camino para oír sus condenas solo queda entre ellos el recelo y la desconfianza: “Buena parte de los allí reunidos se habían delatado entre sí, habían perjurado, habían procurado salvarse a costa del prójimo, y rehuían el contacto, las miradas, las explicaciones” (Delibes, 1998: 471).

Vuelve Delibes a plantearse ese individuo marginado por una sociedad hostil. Sostiene la novela con la misma estructura que *Aún es de día*: con la falta inicial de afecto, el espejismo después de ese amor, de haberlo encontrado en la familia o en su entorno inmediato, y la comprensión definitiva, al final, de la imposibilidad de esa fraternidad, con la conciencia del fracaso de su integración; aunque, en su última novela, extremada la distancia entre las expectativas del protagonista y el balance final de los logros. Pero junto a ese motivo principal Delibes construye *El hereje* también sobre otras inquietudes que, como la insolidaridad o el desamor, están en la mayoría de sus libros. Una de ellas, que justifica el final de su protagonista: La contraposición entre la integridad de Cipriano Salcedo y la veleidad de su entorno que, al ubicar la trama en el siglo XVI, supone una relectura del tópico literario de la honra. Le busca el perfil a la sociedad de mediados del XVI en su obsesión por la honra, al tiempo que esa honra (esa fama adquirida por la virtud) se confunde y es reemplazada por una apariencia de honra, con la misma fama, pero sin la virtud que debería justificarla detrás. La novela picaresca critica esa perversión de las sociedades en crisis, la banalización de la honra, con el pícaro -el tipo descarado, apaleado y resignado, en un ambiente convenientemente hostil, con la definición de Cela (1974: 16)-, que sabe aprovecharse de esa oquedad para medrar, demostrando que no es necesaria esa honra, sino solo su apariencia, imitar un comportamiento. Busca la parodia, escribe Rey Llazas, por el contraste entre lo que el protagonista es y lo que pretende aparentar (Rey Hazas, 1990: 24). Pero Delibes apuesta por otro mecanismo de denuncia: Construye un personaje inquebrantable que, después de lograr los (ambiciosos) objetivos que se marca, los fijados por su sociedad (que consiguió antes que él su padre), se reconoce insatisfecho. Con una sensación de vacío que le obliga a

reconducir su vida, ir poco a poco dando forma a otro objetivo para el que acaba volcándose, con su participación destacada en el grupo de Cazalla, porque lo entiende como una última posibilidad de realizarse, al margen del camino previsto inicialmente. Irreprochable también al enfrentarse con la muerte: como el único (o casi el único) del grupo que tras las torturas y la amenaza de morir quemados en la hoguera no reniega de su fe. Porque, con esa renuncia, tendría que renunciar también a su integridad, a ese proyecto vital de verdad propio que consigue forjar solo arropado por el grupo, por esa fraternidad que creía haber encontrado en él, convertida en su preocupación última. Escribe el narrador: "¿Qué había quedado de aquella soñada hermandad? ¿Existía realmente la fraternidad en algún lugar del mundo? ¿Quién de entre tantos había seguido siendo su hermano en el momento de la tribulación? No, desde luego, el Doctor, ni Pedro Cazalla, ni Beatriz. ¿Quién? ¿Acaso don Carlos de Seso pese a sus contradicciones? ¿Por qué no Juan Sánchez, el más oscuro, humilde y deteriorado de los hermanos? La idea del perjurio y la fácil delación continuaba atormentándole. Una vida sin calor la mía, se dijo. Por sorprendente que pudiera parecer, la mortecina actividad de su cerebro evitaba la idea de la muerte para detenerse a reflexionar en el tremendo misterio de la limitación humana", reflexiona el narrador (Delibes, 1998: 488). Como si quisiera evidenciar así la culminación de la traslación de esa inquietud del autor de lo ontológico o escatológico a lo moral, como preocupación global por el hombre, por la inviabilidad de su proyecto vital cuando su entorno le es hostil, por su incapacidad para vencer tantas circunstancias adversas. Con las causas, también, de cada una de esas derrotas.

BIBLIOGRAFÍA:

- Alvar, Manuel (1987). *El mundo novelesco de Miguel Delibes*. Madrid: Gredos.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Buckley, Ramón (1968). *Problemas formales en la novela española contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- Cela, Camilo José (1974). "Pícaros, clérigos, caballeros y otras falacias, y su reflejo literario en los siglos XVI y XVII", prólogo a *Novela picaresca española*, t. I, Barcelona: Noguer.
- Delibes, Miguel (1994). *Aún es de día*. Barcelona: Destino.
- Delibes, Miguel (1998). *El hereje*. Barcelona: Destino.
- Delibes, Miguel (2004). *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela*.

Barcelona: Destino.

Delibes, Miguel (2001). *La sombra del ciprés es alargada*. Madrid: Biblioteca El Mundo.

Ortega y Gasset, José (2004-2010). *Obras completas*. Madrid: Taurus.

Rey Hazas, Antonio (1990). *La novela picarescas*. Madrid: Anaya.

Rodríguez, Jesús (1989). *El sentimiento del miedo en la obra de Miguel Delibes*.

Madrid: Pliegos.

Sobejano, Gonzalo (1981). *Estudio introductorio a Cinco horas con Mario*. Madrid:

Espasa-Calpe.

Valle Spinka, Ramona F. del (1975). *La conciencia social de Miguel Delibes*. Nueva

York: Torres Library of Literacy Studies.

Vázquez, María Isabel (2007). *Miguel Delibes, el camino de sus héroes*. Madrid:

Pliegos.